ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

VENCER POR SORPRESA,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EUSEBIO SIERRA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1879.

ADICION AL CATÁLOGO DE 30 DE ABRIL DE 1878.

COMEDIAS Y DRAMAS.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
14	11	Acompaño á usted en el sentimiento	1	D. Ricardo de la Vega..	Todo.
2	3	Afinador y mártir—j. o. p....	1	Luis Taboada........	»
»	»	Arte y corazon—d. o. p......	1	Sres. Fuentes y Arjona..	»
3	2	Caer en la trampa—c. o. p....	1	D. Eduardo S. Castilla..	»
4	1	Casi siempre—d. o. v........	1	Salvador Carrera....	»
3	2	Corbata roja.................	1	Manuel Nogueras. ..	»
3	2	Coser y cantar—c. o. v......	1	Mariano Pina........	»
3	1	Cortarse la coleta...........	1	E. Segov. Rocaberti.	»
3	2	Cuestion de conciencia-c. o. v.	1	José Trinchant.......	»
2	2	El hombre perro.............	1	J. G. de Lima.......	»
2	1	El marido y la mujer—j. o. p.	1	D.ª Camila Calderon....	»
»	»	El nono no desear............	1	D. José Barreda.........	»
3	3	El premio del Pardo—j. o. p..	1	Ruigomez y Comenge	»
5	2	El otro yo—j. o. p..........	1	José Estremera.....	»
»	»	El violin de Cremona........	1	Sres. Retes y Echevarría	»
»	»	Esto, lo otro y lo de más allá.	1	Ramos y P. Doming..	»
3	2	Entre dos fuegos.............	1	D. Gerardo Velez......	»
3	1	Específico moral—c. o. v.....	1	Eusebio Sierra......	»
»	»	Exposicion de tipos—j. o. v..	1	Adelardo de la Calle.	»
»	»	Juicio de exenciones, *sainete*..	1	Tomás Luceño,......	»
»	»	La conquista de un papá.....	1	Javier de Búrgos....	»
3	1	La docena del fraile..........	1	A. Manuel Florveles.	»
1	2	La horma de su zapato-p. o. p.	1	M. Barranco.	»
1	2	La vendetta—j. a. v..........	1	José Estremera.....	»
2	2	La viuda y la niña—j. o. p....	1	D.ª Camila Calderon.....	»
3	2	Los dos polos—j. o. v........	1	Sres. Gorriz y Navarro..	Mitad.
2	1	Lola y Pepito—j. o. p.........	1	D. C. C. de Altimiras...	Todo.
3	1	Las tres palmatorias—c. a. p..	1	José de Fuentes......	»
3	1	Los amigos de Benito—j. o. p.	1	Sres. Sierra y S. Ramon.	»
4	1	Los matrimonios del dia-j. o. p	1	D. Eugenio Picazo.....	»
5	1	Nobleza y villanía—d. o. v. ..	1	V. M. de la Tejera...	»
1	»	Nudos y nuditos, *monólogo*...	1	N. N...............	»
5	»	Paz octaviana................	1	Manuel Nogueras. ..	»
4	1	Perez y Quiñones—c. o. p....	1	Vital Aza..........	»
7	2	Reclamaciones y bombos-s. o. v	1	Manuel Matoses.....	»
1	2	¡Que viene mi mujer!—j. a. p.	1	F. Oconell..........	»
3	2	¿Quién es Calleja?—j. o. v....	1	Sres. Vidal y Caballero..	»
3	»	Sobre la marcha..............	1	D. Pelayo del Castillo...	»
3	2	Un novio con patatas........	1	Eduardo Palacio....	»
4	2	Un nudo morrocotudo, *parodia*	1	Luis Cuenca........	»
3	1	Vencer por sorpresa—c. o. v..	1	Eusebio Sierra.......	»
4	2	Vestirse de ajeno—j. o. p....	1	Eusebio Sierra......	»
7	5	Voz del pueblo, *parodia*.....	1	Fuentes y Solsona...	»
5	3	Con buen fin—c. o. v........	2	Gorriz y Navarro....	Mitad.
3	3	Con la música á otra parte...	2	Vital Aza..........	Todo.

VENCER POR SORPRESA.

VENCER POR SORPRESA,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EUSEBIO SIERRA.

Representada por primera vez en el Teatro de VARIEDADES la noche del 15 de Marzo de 1879.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELISA	D.ª MERCEDES GARCÍA.
GONZALO	D. JOSÉ VALLÉS.
DON JOSÉ	FEDERICO TAMAYO.
UN CRIADO	LUIS MAZOLI.

Época actual.

ACTO ÚNICO.

La escena representa un gabinete de señora, amueblado con lujo. Puertas al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

ELISA y D. JOSÉ.

Elisa aparece sentada en una butaca; D. José de pie á su lado.

JOSE. Estás enferma?
ELISA. No, tio.
JOSE. Pues ¿qué tienes?
ELISA. Que me aburro;
lo de siempre.
JOSE. Y te abandonas
de esa manera al disgusto?
ELISA. Qué he de hacer?
JOSE. Buscar remedios.
ELISA. Es inútil; ya los busco.
JOSE. Toma un libro.
ELISA. Me parecen
todos ellos tan insulsos!...
JOSE. Trabaja.
ELISA. No tengo gana.
JOSE. Pasea.
ELISA. Me falta gusto.

JOSE. Escribe.

ELISA. Cómo? Si tengo
tan intercadente el pulso!

JOSE. Pues... duerme.

ELISA. Le pido en vano
á Morfeo sus arrullos.

JOSE. Lo dicho; estás como estaba
mi pobre tio don Bruno.
Qué hombre! todo le aburría;
los negocios, el estudio,
las funciones; en fin, todo.
¿Y sabes qué hizo por último
para curar el hastío,
orígen de sus disgustos?

ELISA. No.

JOSE. Pues se arrojó á la calle...

ELISA. Cómo?

JOSE. De un piso segundo.
Remedio eficaz! El pobre,
es claro, murió al minuto
de caer; pero aburrirse
no se aburrió más.

ELISA. Seguro!
Vaya, que me está usted dando
unos consuelos muy chuscos!

JOSE. No, no te apures por eso:
en nuestra familia hay muchos
que han padecido tristezas
como la tuya, y ninguno
más que ese pobre ha bajado
á curarlas al sepulcro.
Mira, mi primo Vicente,
el que está casado en Burgos;
ese estaba siempre triste,
y siempre meditabundo,
y á fuerza de malos ratos,
al fin y al cabo se puso
que daba lástima verle...
flaco, flaco y mustio, mustio!

ELISA. Y se curó?

JOSE. Ya lo creo.

ELISA. Y cómo alcanzó ese triunfo?

JOSE. Le curó la lotería:
le tocaron cien mil duros
en Navidad; y al instante
se fué poniendo robusto,
y colorado y alegre...
Es muy frecuente en el mundo
que concluyan las tristezas
cuando acaban los ayunos.

ELISA. Tio, decir eso ahora
es querer decir absurdos.
Me encuentro yo en ese caso?
Murió mi padre desnudo?
¿No sabe usted que poseo
el suficiente peculio
para sorportar mis gastos
y satisfacer mis gustos?

JOSE. Sí, hija.

ELISA. Entónces ¿á qué vienen
ahora tales discursos?
Me falta á mí algo?

JOSE. Lo ignoro.

ELISA. Cómo, tio?

JOSE. Mas presumo
que sí.

ELISA. ¿Qué es lo que me falta?

JOSE. Segun lo que yo barrunto,
á una viuda de buen rostro
—que aún no cumplió cinco lustros—
la falta amor.

ELISA. Y usted dice
desatino tan mayúsculo?
Existe el amor acaso?

JOSE. No ha de existir?

ELISA. Yo lo dudo.
Puede que allá en otros siglos
más románticos y puros,
el mimado hijo de Venus
ejerciera algun influjo
sobre los hombres, y acaso
entónces el amor mutuo
induciría á los novios
á formar el santo nudo;

pero hoy han variado tanto
las costumbres y los usos,
que todo el que se somete
á doblar su frente al yugo,
ó finge amor por codicia,
ó le miente por orgullo.

JOSE. Elisa!

ELISA. Y usted no ignora
que en la experiencia me fundo
para decir lo que digo
tan clarito y tan en crudo:
ya tuve un marido, y para
prueba me bastó con uno:
no quiero más.

JOSE. Justamente
le oí ese mismo discurso
en Mayo á la linda viuda
de mi sobrino el difunto
Lesmes!

ELISA. Á Paz?

JOSE. Sí.

EILSA. Pues esa
se casó en el mes de Junio.

JOSE. Al mes! Eso es lo que duran
los propósitos absurdos.

ELISA. No; los mios son más firmes,
téngalo usted por seguro.
Ayer mismo me animaba
mi amiga Asuncion Angulo
á matrimoniar de nuevo.

JOSE. Con?...

ELISA. Con un hermano suyo,
marino, que hace seis dias
que volvió de Pernambuco
y me ha visto en el teatro
y me ama ya como un turco
segun dice.

JOSE. Y contestaste?

ELISA. Lo que á usted; que no comulgo
con los hombres, y que á todos
les dije ha tiempo: ¡abrenuncio!
Ella lo sintió bastante.

porque —segun lo que expuso—
su hermano, á quien no conozco,
y que debe ser muy tuno,
asegura que me adora
lo mismo que un mameluco:
mas yo quise serla franca
por evitar un disgusto
más tarde.

JOSE. Pues si procedes
de esa manera renuncio
á verte alegre en la vida.

ELISA. Pues qué, ¿acaso es un recurso
contra el hastío la boda?
Y aunque lo sea ¿es el único?

JOSE. Tal vez!

ELISA. Pues yo no lo creo,
y como yo opinan muchos.
La misma Asuncion, al verme
esta cara de difunto,
que revela la tristeza
horrible en que me consumo,
se empeñó en mandarme un médico.

JOSE. A tí?

ELISA. Sí; un ámigo suyo,
que–segun dice–es tan sabio
que si con él no me curo
no me curaré con nadie.

JOSE. No creo...

ELISA. Yo tambien dudo;
pero tuve que acceder
á sus instancias por puro
compromiso, y hoy le espero...

JOSE. Y vendrá?

CRIADO. El doctor Sanjurjo.

ELISA. En nombrando al ruin... Que pase.

JOSE. Veremos.

ELISA. Quiá! No le sufro!

ESCENA II.

DICHOS y GONZALO.

GONZ. Se puede entrar?
JOSE. Adelante.
GONZ. Muchas gracias.
JOSE. Servidor.
GONZ. Señora...
ELISA. Tome usté asiento.
GONZ. Con permiso. (Sentándose.)
ELISA. Usted es...
GONZ. Soy
médico, señora, y vivo
en la calle del Reloj,
veintitrés, cuarto segundo
de la escalera interior,
donde me tienen ustedes
siempre á su disposicion.
ELISA. Gracias. (Es un hombre fúnebre.)
JOSE. Agradeciendo, doctor.
GONZ. Hace rato he recibido
un recado de Asuncion
Angulo, la bella esposa
del brigadier Armengol,
rogándome que viniera
á esta casa, y aquí estoy.
¿Está usté enferma, señora?
ELISA. Yo no.
GONZ. Entónces, el señor
lo estará.
JOSE. No, yo tampoco.
GONZ. Qué?
JOSE. Ninguno de los dos.
GONZ. Ah!... vamos! Alguna niña?
ELISA. No las hay.
GONZ. Será varon?
¿algun niño? algun criado?
el portero?
JOSE. No, hombre, no,
nadie. (Qué flujo de hablar!)

ELISA. (Tiene gracia!)
GONZ. Pues me voy:
donde no hay ningun paciente
un médico está de non. (*Se levanta.*)
ELISA. Espere usted un momento.
JOSE. Tenga usted calma, por Dios.
GONZ. Cómo? Que me quede? Acaso
se me llama á prevencion
para que cure dolencias
del porvenir? No, eso no
lo hago yo, ni lo hace nadie
que habite bajo del sol.
JOSE. Lo sabemos.
GONZ. Y si ustedes
no están enfermos, peor
para ustedes; no tendrán
la inmensa satisfaccion
de que yo les cure...
JOSE. Bueno;
prescindimos de ese honor.
GONZ. Lo es muy grande, que en la córte
hay más de uno y más de dos
que se ponen malos, sólo
para que los cure yo.
JOSE. Buen capricho!
ELISA. (Me está haciendo
mucha gracia este doctor!)
GONZ. Cómo capricho? Eso prueba
que aún hay personas de pró
que protejen el trabajo,
el talento y la instruccion:
no todos son ignorantes
como ustedes, no señor.
JOSE. Qué es eso? Á ver, caballero,
tenga usted moderacion.
Ignorante á mí? Por esa
misma frase ¡vive Dios!
se han batido en mi familia
tres indivíduos; que son
mi tio...
ELISA. Basta, ya basta
JOSE. Es que mira...

ELISA. Se acabó.

GONZ. Señora, yo pido á usted
humildemente perdon:
en hablando de la ciencia
me remonto y ya no soy
el mismo.

JOSE. Sí, la salida
de mi primo el que estudió
en Alemania.

ELISA. Al asunto;
mi buena amiga Asuncion
se empeña en que me hallo enferma
aunque no siento dolor
ninguno.

GONZ. No, eso no importa,
y acaso tenga razon.

ELISA. Pero mi exterior?...

GONZ. Señora,
¿quién fia del exterior?
Usted sabe que hay manzanas
por esos campos de Dios
que tienen la vista buena
y podrido el corazon.

ELISA. Cierto: pues usted dirá
lo que tengo que hacer yo,
si es que tambien usted piensa
que necesito al doctor.

GONZ. Una consulta?

ELISA. Si.

GONZ. Entónces,
es de toda precision
que nos dejen un instante
corto, solos á los dos.

JOSE. Cómo?

GONZ. Caballero, un médico
es igual que un confesor.

JOSE. Qué hago? (Á Elisa.)

ELISA. Váyase usted, tio.

GONZ. Váyase usted. (Con ironía.)

JOSE. Ya me voy.
(Llama con la campanilla
si algo ocurre.) (Ap. á Elisa.)

ELISA. Sí señor.
JOSE. (No me gusta el doctorcillo!) (Mútis.)
ELISA. (Ya encontré una diversion.)

ESCENA III.

ELISA y GONZALO.

ELISA. Vuelva usté á tomar asiento
y principie usté.
GONZ. En seguida, (Se sienta.)
cuando peligra la vida
no hay que perder un momento.
ELISA. Qué! ¿estoy yo enferma de suerte
que peligre mi existencia?
GONZ. Oh! la más leve dolencia
puede producir la muerte.
ELISA. Me asusta usted, y no es justo
que proceda de ése modo.
GONZ. Yo la curaré de todo,
de la dolencia y del susto.
ELISA. Bien, principie ustsd.
GONZ. Corriente.
Á ver el pulso. (Se le toma.)
ELISA. Qué tal?
GONZ. Un poquito desigual;
es decir, intercadente.
Á ver la lengua. (La ve.) Rosada
y limpia... bien por ahora.
¿Qué la duele á usted, señora?
ELISA. Á mí? No me duele nada.
GONZ. Se agita usted?
ELISA. No me agito.
GONZ. Ni se asusta?
ELISA. Ni me asusto.
GONZ. Bueno, ¿y come usted con gusto?
ELISA. Con el mejor apetito.
GONZ. Pues qué tiene usté?
ELISA. Una pena
que á ninguna otra se iguala.
GONZ. Ah, ya! Pues no está usted mala,
pero tampoco está buena.

Los síntomas no son graves,
y lo que á usted la conviene
es higiene, mucha higiene,
pocas drogas y jarabes.
La prescribiré á usté un plan,
y en ménos de una semana
estará usted buena y sana
y hasta alegre.

ELISA. Ese es mi afan,
y como usted lo consiga,
¡ay, doctor! no solamente
me tendrá como cliente
sino tambien como amiga.

GONZ. Es grande la recompensa.

ELISA. Me lo dice usted al revés?

GONZ. Para mí es grande, porque es
mayor que lo que usted piensa.

ELISA. Mejor: venga el plan.

GONZ. Ahora,
y si le sigue, es segura
su curacion; pero ¿jura
usted seguirle, señora?

ELISA. Qué dice usted? Yo jurar?

GONZ. Es preciso el juramento;
no doy un medicamento
si ántes que le ha de tomar
no jura el paciente.

ELISA. Alabo
el sistema!

GONZ. Es muy sencillo,
en el mundo hay mucho pillo,
mucho pillo y me precavo.

ELISA. Más...

GONZ. Sé de un embaucador
que nunca qüiere tomar
las recetas por probar
que es un bárbaro el doctor.
Pero ¿á mí?... Sé precaver.

ELISA. Ya lo creo, y con exceso.

GONZ. Quiere usted que me pase eso?

ELISA. No señor, ¡qué he de querer!

GONZ. No me pasará, es seguro.

ELISA. Sí, esa prevencion lo augura.
GONZ. Conque ¿jura usté ó no jura?
ELISA. (Le daré cuerda!) Bien, juro.
GONZ. Principio mis prescripciones
entónces.
ELISA. Cuando usted quiera.
GONZ. Sinceridad!
ELISA. Soy sincera. (Pausa.)
GONZ. Gusta usted de diversiones?
ELISA. Alguna que otra vez, sí.
GONZ. Irá usté á *soirees*?
ELISA. Claro es.
GONZ. Bueno, pues yendo á *soirees*
será usté adulada allí.
ELISA. Caballero!
GONZ. Es lo que pasa
á las ricas.
ELISA. No soy rica.
GONZ. Sí lo es usted, bien lo indica
el menaje de esta casa,
de modo...
ELISA. Pero no infiero
á qué conduce, á qué viene...
GONZ. En las cuestiones de higiene
entra por mucho el dinero.
ELISA. (Me hace reir!) Adelante.
GONZ. Pues como decía ahora,
la pondrán á usted, señora,
de hechicera y elegante
hasta arriba.
ELISA. Es lo corriente
cuando un hombre habla á una amiga.
GONZ. Pues todo el que á usted le diga
que es usted bonita, miente.
ELISA. Caballero! Está usted loco?
Soy yo fea?
GONZ. Oh, no, ¡qué idea!
Señora, no es usted fea,
pero no es guapa tampoco.
ELISA. No he visto mayor cinismo!
Le oigo á usted y no lo creo.
GONZ. Entre lo hermoso y lo feo

casi, casi hay un abismo.
¿Se juzgaba usted perfecta?
Eso sí que era estar loca!
Tiene usted fea la boca
y la nariz incorrecta.
Bien pronto se ve que son
muy lacios esos cabellos,
y los ojos, aunque bellos
¡tienen tan poca expresion!
No sorprende esa cintura
que no es un portento raro,
y el color se ve bien claro
que se debe á la pintura.

ELISA. No creí hallar en mis dias
quien osara hablarme de eso.
¿Ha venido usté exprofeso
á decirme groserías?

GONZ. Como hoy en la sociedad
no se halla un hombre sincero,
se le apellida grosero
al que dice la verdad!

ELISA. Continúa usté erre que erre?

GONZ. Cuando es una cosa cierta...

ELISA. Basta; ahí tiene usté la puerta!

GONZ. Qué! quiere usted que la cierre?

ELISA. No, que se vaya usted.

GONZ. No,
no lo creo conveniente,
¡separarme de un paciente
que me necesita, yo!

ELISA. Váyase usted, no perdono...

GONZ. Bien accedo. Volveré
cuando comprenda que á usté
se le ha pasado el encono.

ELISA. Nunca!

GONZ. Usted mi dicha trunca
y hasta mi crédito merma.
Yo no abandono á una enferma;
hasta despues. (Mutis.)

ELISA. Hasta... nunca!

ESCENA IV.

ELISA, sola.

Bien caro pago el capricho
de oir á ese loco osado.
Jamás había pensado
escuchar lo que él me ha dicho.
No incurriré en otro antojo,
que otra escena igual nó quiero!
Aunque un hombre tan grosero
no es digno ni aun de mi enojo.

ESCENA V.

ELISA y D. JOSÉ.

JOSE. Se marchó el doctor?
ELISA. Sí, tio,
y solamente deseo
que no vuelva, me ha dejado
de un humor!...
JOSE. Pues ¿qué te ha hecho?
ELISA. Me ha dicho mil groserías
indignas de un caballero...
JOSE. Cómo?
ELISA. Me ha llamado fea.
JOSE. Á tí fea? Él si que es feo!
ELISA. No, eso no es verdad.
JOSE. Elisa!
ELISA. Repito que eso no es cierto;
el afan de la venganza
no me lleva hasta ese extremo,
y si él fué injusto conmigo,
yo con él no quiero serlo;
el doctor, aunque parece
loco, y aunque es un grosero
tiene el aire distinguido,
y el rostro guapo y el cuerpo
gentil.
JOSE. Cosas de mujeres,

que hallais en todos los tiempos
horrible á quien os halaga
y á quien os ofende, bello!
Lo mismo era mi sobrina
Gertrudis, que esté en el cielo.

ELISA. Eso prueba que en nosotras
la justicia es lo primero.

JOSE. No tanto, Elisa, no tanto.

ELISA. Y que de igual modo vemos
en el enemigo gracias
que en el amigo defectos.

JOSE. Pero el doctor?..

ELISA. Es un loco,
como ya he dicho, y no quiero
verle más.

JOSE. Bien, eso corre
de mi cuenta: vete dentro,
que, como vuelva á poner
los piés en este aposento,
yo le diré que se vaya...

ELISA. Justo!

JOSE. De un modo indirecto,
que bien puedo ser cortés
sin dejar de ser enérgico.

ELISA. Sí, que se vaya y no vuelva.

JOSE. Pierde cuidado.

ELISA. Hasta luégo. (Mutis.)

JOSE. Adios.

ESCENA VI.

D. JOSÉ, despues GONZALO.

JOSE. Viene á buena parte!
En cuanto llegue, le suelto
dos ó tres indirectillas
que le levanten en peso.

GONZ. (Le habrá pasado el enfado,
y ya estoy aquí de nuevo.)
Ah! (Viendo á D. José.)

JOSE. (Buena ocasion!) Amigo...

GONZ. Dispense usted, caballero;

yo no soy amigo suyo...

JOSE. Es verdad.

GONZ. Ni quiero serlo.

JOSE. Muchas gracias. (Es muy fino!)

GONZ. No hay de qué. (Pausa.)

JOSE. Doctor, yo tengo
que decirle á usté una cosa
importante.

GONZ. Pues á ello:
venga, que soy impaciente.

JOSE. (No sé cómo dar comienzo.)

GONZ. Vamos, venga.

JOSE. Mi sobrina
me ha encargado que si encuentro
una ocasion oportuna
para hablar á usté un momento,
le eché á usté una indirectilla
muy velada: por ejemplo,
la siguiente: es usté un hombre
no sé si loco ó grosero,
que trata usté á las señoras
sin el menor miramiento:
ha dejado usted á Elisa
hasta la punta del pelo,
y por no volver á verle
se marcharía al infierno:
de modo que en esta casa
está de más, y veremos
con gusto que usted no vuelva.
(Me ha entendido y le ha hecho efecto.)
(Viendo que Gonzalo se sienta.)
¿Qué hace usted?

GONZ. Toma, sentarme;
ya lo ve usted.

JOSE. Sí, lo veo;
pero...

GONZ No hay pero que valga;
estoy cansado y me siento.

JOSE. Hombre, tuve en mi familia...

GONZ. Ya estoy enterado; un lego
que se llamó el padre Cobos;
lo he conocido al momento

por las indirectas...

JOSE. Vaya!
¿bromas? Pues no las tolero.

GONZ. Me es igual.

JOSE. ¿Se marcha usted
ó no se marcha?

GONZ. Me quedo. (Levantándose.)
Un médico que se estima
nunca abandona á un enfermo
que, al abandonarle, deja
con el paciente su crédito.
¿Quiere usted que yo me ausente
de aquí despues de haber hecho
la primer visita, para
que si tiene un fin siniestro
Elisa, diga la gente:
pues que la asistió el primero
Sanjurjo y ha fallecido,
Sanjurjo será un zopenco?
¿Así quiere usted que tiere
mi fama yo por los suelos?

JOSE. Por mí no la tire usted;
pero no hay tales carneros:
ni mi sobrina está enferma
ni aunque lo estuviera creo
que la fuera usted preciso...

GONZ. Qué sostiene usted?

JOSE. Sostengo
lo que diría mi hermano
don Bartolomé Cienfuegos,
hombre que fué medio siglo
físico de un regimiento,
probando que los doctores
perjudican al enfermo.

GONZ. Qué decía?

JOSE. Hay en el mundo
naturalezas de acero,
que al caer enfermas luchan
contra el mal con tanto esfuerzo
que sin auxiliarlas vencen
á la dolencia... y al médico.

GONZ. Vamos, ese doctor era

un solemne majadero.
JOSE. Cómo? Pero vaya, vaya,
vamos á dejarnos de esto
y váyase usté á la calle
y no vuelva nunca á vernos.
GONZ. No quiero irme; ya lo he dicho.
JOSE. Pues se irá, porque yo quiero.
GONZ. No me iré.
JOSE. Sí se irá.
GONZ. Á que
le cojo por el pescuezo
y le echo por la ventana?
JOSE. Á mí?
GONZ. Sí, á usted, zorro viejo.
JOSE. Favor!

ESCENA VII.

DICHOS y ELISA.

ELISA. Qué es lo que aquí ocurre?
Qué pasa?
JOSE. Llegas á tiempo
de contenerme; si tardas
un minuto me meriendo
á ese doctor.
ELISA. Calma, tio.
(Á Gonzalo.) Es extraña, caballero,
su conducta, y me sorprende
que tras faltarme al respeto
á mí, falte usted á un hombre
que es anciano, y que es mi deudo,
y que está en su casa...
JOSE. (Á Elisa.) (Bravo!)
GONZ. Conozco que no merezco
perdon, señora; más conste
que él me ha ofendido primero.
JOSE. Yo le eché una indirectilla...
¿Y es bastante motivo eso
para tratarme del modo
y manera que él lo ha hecho?
ELISA. Qué dijo usted? (Á José.)

GONZ. Me ha arrajado
de aquí igual que á un lacayuelo.
JOSE. Indirectamente!
GONZ. Justo!
de un modo tan indirecto!...
JOSE. Claro!
GONZ. ¿Y no merece más
consideracion un médico
(La frase siguiente debe llevar mucha intencion.)
que, porque Asuncion lo quiso,
la visita á usted?
ELISA. Es cierto...
la verdad: usted merece
poca cosa por sus méritos;
pero ha invocado usté el nombre
de una amiga á quien aprecio,
y porque ese nombre invoca
no repito yo de nuevo
órdenes á que mi tio
quiso ántes dar cumplimiento.
GONZ. Gracias.
JOSE. (Ap. á Elisa.) (Qué! vas á escucharle
otra vez?)
ELISA. (Id. á José.) (Sí; es un excéntrico,
un loco, que no es siquiera
ni digno de mi desprecio:
aunque ántes me enojó mucho.
lo he pensado mejor luégo,
y pasado ya el disgusto,
voy á ver en qué para esto.)
GONZ. (Qué hablarán?)
JOSE. (Vé, no te fies,
que es furioso.)
ELISA. (No lo creo.)
JOSE. (Mira que á mí por poquito
no me retorció el pescuezo.)
GONZ. (Pues señor, no es muy airoso
el papel que estoy haciendo.)
ELISA. Conque váyase usted, tio.
JOSE. (Estaré á la mira.)
ELISA. (Bueno.)
(Al hacer el mútis José debe cruzar con Gonzalo

una mirada de rencor.)

ESCENA VIII.

ELISA y GONZALO.

GONZ. (Oh, se marcha!) Á la verdad,
señora, no sé en mi abono
qué decir.
ELISA. Yo le perdono
su...
GONZ. Qué?
ELISA. Su escentricidad.
Ántes me había enojado,
pero olvidé ya su insulto,
que un insulto de tal bulto
no merece ni mi enfado.
Y lo que digo es tan cierto
que ya no estoy enojada.
Pero ¿no dice usted nada?
GONZ. Nada, callo como un muerto.
ELISA. Ademas tengo un capricho:
soy curiosa y desearía
saber á qué conducía
todo lo que usted me ha dicho.
GONZ. Á mi plan!
ELISA. Vaya un afan!
Pero hombre, conque yo sea
ó muy hermosa ó muy fea,
¿qué tiene que ver su plan?
GONZ. Tiene!
ELISA. Pues no lo comprendo
por mucho que lo medito.
GONZ. Señora, yo la visito,
yo la curo y yo me entiendo.
ELISA. Explíquese usted, á ver.
GONZ. Voy: es el adulador
el enemigo mayor
que halla en Madrid la mujer;
él la comprende y la halaga
consiguiendo que se engría.
ELISA. Y bien?...

GONZ. La higiene quería
librarla á usted de esa plaga.
ELISA. Por qué?
GONZ. Porque de esa suerte
le era fácil al doctor
librarla á usted del amor,
que es una emocion muy fuerte;
para usted perjudicial.
¿Se rie usted?
ELISA. Sí, me rio,
no tema usted, señor mio,
que me ataque á mí ese mal.
GONZ. Y por qué no?
ELISA. Pues porque
yo no creo en el amor.
GONZ. Hola! Mejor que mejor.
ELISA. Y no me enamoraré.
Á mí no me pondrá triste
pasion que tanto entusiasma:
¡si el amor es un fantasma
que se pinta y que no existe!
GONZ. De oirla me felicito.
Amor, y el que se enamora
dice muy serio que adora
con el alma, que es un mito!
ELISA. Mas ¿y el corazon?
GONZ. Patraña!
ELISA. Cómo?
GONZ. Para esta cuestion.
ELISA. Qué! No existe el corazon?
GONZ. Sí señora, es una entraña.
ELISA. Qué cruel excepticismo!
GONZ. Todo un sistema perfecto.
¡Amor, y no hay ni un afecto
noble, no hay más que egoismo!
ELISA. No tanto, tanto, doctor;
algo hay que es iris de paz!
GONZ. Dudas? Ay! usté es capaz
de creer en el amor.
Y he de convencerla pronto
de que ese afecto es quimera,
probando que si existiera

fuera ridículo y tonto.
ELISA. No es preciso.
GONZ. Sí, y tal vez
podré evitar todavía
que haga usté una tontería
ó alguna ridiculez!
Principio inmediatamente.
ELISA. Como usted guste. (Es curioso!)
GONZ. Voy á hacerla á usted el oso.
ELISA. Cómo?
GONZ. En broma solamente.
ELISA. Y para qué? Con qué objeto?
GONZ. Para que palpable vea
que no puede amar quien sea
sólo un poquito discreto.
ELISA. No, no; si no es necesario.
GONZ. Yo tengo en ello interés
y opino que sí lo es.
ELISA. Pues yo opino lo contrario.
GONZ. Pues, señora, es lo corriente
seguir cuando hay divergencia
el parecer de la ciencia,
no la opinion del paciente.
ELISA. (Tiene gracia!) Eso es verdad;
nada, mande usted, doctor.
GONZ. Probaré que es el amor
una insigne necedad.
Va á principiar la comedia:
representa usted, señora,
á una niña encantadora
y yo á un tonto que la asedia.
ELISA. (Me reiré!)
GONZ. Tome usté asiento
allí. (En una butaca.)
ELISA. Bien; ya estoy sentada.
GONZ. Está usté así, disgustada,
y ¡cataplum! me presento.
ELISA. (Vaya un ente original!)
GONZ. Principio.—Mi amada Elisa,
flor que columpia la brisa,
ya estoy á tus piés!—Qué tal?
(Durante todo este parlamento, la dama seguirá

sorprendida por los ademanas exageradamente ridiculos del galan.)

Ay! Me miras con enojos,
dulce tormento adorado...
¡te quejas de que he tardado!
¡lo estoy leyendo en tus ojos!
¡Qué! Por eso á decir vas
que te he olvidado un momento?
Quiá! Si tengo el pensamiento
en el sitio en que tú estás!
No digas, pues, que te olvido!
No digas que no te imploro!
No digas que no te adoro
ante tus plantas rendido!
No digas que es la falsía
mi falta: no digas, no,
que no te amo.

ELISA. Hombre, si yo
no digo esta boca es mia!

GONZ. Si hiciera usted su papel,
lo diría bien ó mal;
yo copio del natural,
señora, y la copia es fiel.

ELISA. Bien; pues basta de comedias
ya que al papel no me ajusto.

GONZ. Oh, no; empecé y yo no gusto
de hacer las cosas á medias!

ELISA. Pues siga usted. (Me divierte
despues de todo.)

GONZ. En seguida.
—Sin tí no quiero la vida:
sin tí que venga la muerte;
que venga, Elisa, y verás
lo sereno que la afronto.—
Confiese usted que esto es tonto.

ELISA. Sí, no puede serlo más.

GONZ. Pero ¿aún vuelves los ojos?
Aún no me absuelve tu labio?
Para hacerte un desagravio
mírame á tus piés de hinojos! (Se arrodilla.
Tiñe el llanto mis mejillas
y que te adoro repito...

—Está un hombre muy bonito
lloriqueando y de rodillas!

ELISA. Mucho!

GONZ. Sigo.—Si te place
y mi ruego te conmueve,
dame tu mano de nieve
para que la bese!

ELISA. Y lo hace!
Caballero!

GONZ. No, si ha sido
solamente porque hubiera
verdad y el cuadro tuviera
carácter y colorido.

ELISA. Ha sido mucha osadía.

GONZ. Mil perdones si lo fué.

ELISA. Es que...

GONZ. Y qué me dice usté
del amor, señora mia?

ELISA. Que no ha probado usted nada,
porque no es fiel la pintura
que, aun como caricatura,
pareciera exagerada.
Sólo merece desprecio
porque es un necio el que adora
como usted dice.

GONZ. Señora,
¿y quién ama más que un necio?

ELISA. Basta, basta, señor mio,
su teoría es impía.

GONZ. Cómo?

ELISA. Y esa teoría
me hace daño y me da frio.

GONZ. ¿No decía usted que era...

ELISA. El qué?

GONZ. Excéptica del todo?

ELISA. Yo era excéptica... á mi modo,
pero no de esa manera.

GONZ. Sigo mi plan.

ELISA. Y es capaz
de hablarme del plan ahora?

GONZ. Yo soy médico, señora.

ELISA. Hombre, déjeme usté en paz.

GONZ. Que la deje! ¿Eso ha de hacer
con un enfermo el doctor?
ELISA. Quiere usté hacerme el favor
de marcharse y no volver?
GONZ. Bueno; lo pide una dama,
y me iré.
ELISA. Es que estoy resuelta.
GONZ. Mas daré pronto la vuelta,
porque dejo aquí mi fama
de buen médico, y no es
cosa así, de ser perdida.
ELISA. Quiere usted irse?
GONZ. En seguida.
ELISA. Ay! gracias!
GONZ. Hasta despues. (Mutis.)

ESCENA IX.

ELISA, sola.

Quien así á una dama infiere
tanta ofensa no es hidalgo;
mas hay en el doctor algo
que atrae y algo que hiere.
¿Y será verdad, señor,
lo que dice y asegura?
¿No existirá la ventura
y será un mito el amor?
¿Y si no es cierto? ¿Y si existe
esa pasion seductora
que enjuga el llanto al que llora
y consuela al que está triste!
Si hay amor, ¡será el amar
tan grato al correspondido!
Y el que no fuere querido
¡qué penas debe pasar!
¡Qué penas! Es verdad! Siento
que mi alma se estremece,
y en el corazon parece
que nace un remordimiento!
Si el hermano de Asuncion
en realidad me quisiera

como ella dice, ¡oh! si fuera
verdadera su pasion,
yo soy cruel, muy cruel,
despreciando su penar...
Oh, no! Le tengo que hablar
y amarle si me ama él!

ESCENA X.

ELISA y GONZALO.

GONZ. Ya estoy otra vez aquí.
Pasó el enfado?
ELISA. Doctor,
pero ¿tiene usted valor
para presentarse á mí?
GONZ. Yo no abandono á un paciente!
Y mi amor al natural,
¿hizo ya efecto?
ELISA. Sí tal.
GONZ. Le hizo?
ELISA. Contraproducente.
GONZ. Cómo?
ELISA. Yo ántes no creía
en tan noble sentimiento.
GONZ. Y ahora?
ELISA. Ahora me siento
capaz de amar todavía.
GONZ. Vamos, emprendí mi cura
cometiendo una torpeza.
ELISA. Pues?
GONZ. No tiene usted tristeza,
lo que usted tiene es locura.
ELISA. Más insultos?
GONZ. Calma, calma.
ELISA. Puedo tenerla?
GONZ. Sí tal.
¿Y quién es ese mortal
que le ha robado á usté el alma?
De fijo algun botarate!
ELISA. No; un marino es quien me escuda.
GONZ. Un marino? Pues no hay duda;

loca, loca de remate!
Será pobre y me lo explico;
vendrá buscando dinero.

ELISA. No; es muy rico, caballero.

GONZ. Pues será tonto si es rico.

ELISA. Ó tal vez tendrá talento...

GONZ. Sí, talento un hombre rudo,
¡no sabrá hacer un saludo
sin echar un juramento!

ELISA. Ó será cortés y fino;
todo cabe en lo posible.

GONZ. Señora, es incompatible
ser cortés y ser marino.
Si la gente los marea.
Y no es eso lo más grave:
olerá á brea! ¿Usted sabe
lo mal que huele la brea?
Y no espere que prescinda
de su lenguaje, claro es;
por nariz dirá bauprés,
por la estatura la guinda.
Si usted las manos le estrecha
las llamará él buen señor,
á la zurda de estribor,
de babor á la derecha.

ELISA. Bueno; pues yo le querré
salga con eso ó no salga,
porque por poco que valga
valdrá mucho más que usté.

GONZ. Buen provecho!

ELISA. Bien, ahora,
no cometa usté otro exceso...
y váyase.

GONZ. Lo que es eso
no me es posible, señora.

ELISA. Qué?

GONZ. Probada su demencia,
—pues los datos son bastantes,—
ahora es cuando usted, más que ántes,
necesita de mi ciencia.

ELISA. Doctor!

GON . No la dejo así,

y la razon es bien clara.

ELISA. Pero, hombre.

GONZ. Sí la dejara,
¿qué se diría de mí?

ELISA. Llamo!

GONZ. Lo puede usté hacer.

ELISA. Tio!

GONZ. Yo le desafío:
aquí me hallará ese tio
cumpliendo con mi deber.

ELISA. Tio!

ESCENA XI.

DICHOS y D. JOSÉ.

JOSE. Para qué me llamas?

ELISA. Para que me libre usted
de este hombre.

JOSE. No dije que eso
tenía que suceder?
Te ha faltado?

GONZ. Señor mio!

ELISA. Con atroz desfachatez;
y no se quiere marchar.

JOSE. Y qué he de hacerle yo?

ELISA. Pues
echarle.

JOSE. (Á Gonzalo.) Ya usted lo ha oido.

GONZ. Sí señor, lo he oido.

JOSE. Y bien?

GONZ. No me marcho, porque aquí
me retiene mi deber.

ELISA. Ve usted qué cínico?

JOSE. Deja:
usted se irá.

GONZ. No me iré.

JOSE. Caballero, soy pacífico;
pero me atufo tambien
y salto á un hombre las muelas
si me atufo, de un revés.

GONZ. Y se atufa usté á menudo?

JOSE. Nunca!
GONZ. Me lo figuré.
ELISA. Se burla!
JOSE. En nuestra familia,
caballero, ha habido tres
militares distinguidos.
GONZ. Y á mí que me cuenta usted?
ELISA. Basta: puesto que usted quiere
escándalo, le daré:
le van á arrojar mis criados
de esta casa á puntapiés.
JOSE. Sí, llama; porque yo no
me quiero comprometer;
¡me tengo miedo á mí mismo,
si no!...
ELISA. Voy.
(Va á llamar con la campanilla y Gonzalo se interpone.)
GONZ. Basta: luché
cuánto cabía en lo humano
por cumplir con mi deber;
pero puesto que usted quiere
seguir un mes y otro mes
sin curarse, yo me marcho...
y lo siento por usted.
ELISA. Bueno, váyase usté!
JOSE. Y pronto!
GONZ. Ya me voy. Adios. (Mutis.)

ESCENA XII.

ELISA y D. JOSÉ.

ELISA. Ay! qué
pesado!
JOSE. Yo ya creía
que no íbamos á poder
echarle!
ELISA. Al cabo se ha ido!
JOSE. Aunque me lleve Luzbel
prefiero una enfermedad
á ese doctor!

ELISA. Yo tambien.

ESCENA XIII.

DICHOS, GONZALO.

GONZ. Usted y yo ajustaremos
estas cuentas otra vez.
ELISA. Todavía!
JOSE. No me asusto:
si hubo en mi familia tres
militares, con que...
GONZ. Basta!
En su familia de usted
ha habido algun tonto?
JOSE. Ni uno:
qué ni uno? ni medio!
GONZ. Bien;
pues no tenga usted cuidado,
que no quedará sin él.
JOSE. Caballero!...
ELISA. Calma, tio...
GONZ. Señora, á usted la veré
dentro de muy poco tiempo...
ELISA. Á mí? dónde?
GONZ. En Leganés.
ELISA. Grosero!
GONZ. Que á usted la vaya
con el marino muy bien.
Será un marido á propósito
para cualquiera mujer
cursi... Va usté á estar alegre
y divertida con él!
será muy fino, muy bello
y muy... Á los piés de usted. (Vásc.)

ESCENA XIV.

ELISA y D. JOSÉ.

ELISA. Gracias á Dios!
JOSE. No sé cómo

me he podido contener:
ya estaba yo... Pero, dime;
ese marino ¿quién es?

ELISA. El hermano de Asuncion,
Angulo, de quien le hablé
para probarle que aún hay
quien ame en esta Babel.

JOSE. Pero ese te ama?

ELISA. Lo dice
y yo lo quiero creer...

JOSE. Para?...

ELISA. Para si es buen mozo.
y es galante, y es cortés,
y me adora, darle á ese hombre
vil en la cara con él.

JOSE. Dar con un hombre en la cara?

ELISA. Sí señor que le daré!
Si rabio por conocerle,
si tengo ansiedad por ver
si la pintura que me hizo
su hermana Asuncion es fiel
para hacerle yo mi esposo
y que él me haga su mujer.

JOSE. Como Paz, mi tia...

ELISA. Hoy mismo,
hoy le voy á conocer...
Pondré á Asuncion cuatro letras...

CRIADO. Don Gonzalo Angulo. (Saliendo.)

ELISA. Qué?
El cielo me lo depara!

JOSE. Hombre, casualidad es!

ELISA. Que pase. —Gran Dios, que sea
buen mozo, guapo y cortés!

ESCENA XV.

DICHOS y GONZALO.

GONZ. Señores!

JOSE. Qué es esto? el médico?

ELISA. Cómo! Doctor! otra vez?

GONZ. No soy médico, señora.

ni como tal me anuncié;
soy Gonzalo Angulo...

JOSE. ¿Cómo
Gonzalo?

ELISA. Gonzalo usted?

GONZ. Sí señora; soy Gonzalo
de la cabeza á los piés.
El médico ya no existe.

JOSE. Que no existe?

GONZ. El doctor fué;
pero pasó para siempre,
y sólo ha quedado de él
un recuerdo que atestigua
su amor y su pesadez.

ELISA. Pero usted ¿qué se propuso?

GONZ. Quise demostrarla á usté
que despreciar el amor
es una ridiculez.

ELISA. Pero ¿no es el alma un mito?

GONZ. Señora, qué lo ha de ser!

ELISA. Y el corazon?

GONZ. Este late
de amor con tal rapidez...

ELISA. Yo soy fea..

GONZ. Usté era fea
cuando yo era descortés.

ELISA. Y Asuncion sabe?...

GONZ. Sí, sabe
todo lo que yo iba á hacer,
de acuerdo con un criado
de esta casa, que compré
para vencerla á usted.

ELISA. Vaya;
la farsa ha sido cruel;
pero quien la ha sostenido
con tanta y tal pesadez,
merece un premio...

GONZ. Señora!...

JOSE. Eso sí!...

ELISA. Y le premiaré
con mi mano...

GONZ. Oh! Ya he vencido!
ELISA. Sí; por sorpresa.
GONZ. Igual es:
en las batallas de amor
la cuestion es el vencer.
JOSE. Un marino en la familia!
GONZ. Sí señor!
JOSE. Pues ya son tres!
ELISA. El pobre autor que no cesa (Al público.)
de temblar y padecer,
me ha dicho que mire á ver
si te venzo por sorpresa,
y que yo te pida ahora
una palmada ha querido...
¡que espera ser aplaudido
siendo yo su intercesora.

FIN.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
6	5	Dime con quien andas—p. o. v	2	D. R. Lopez del Rio	Todo.
6	3	Dos horas de angustia—c. o. v.	2	E. Navarro Gonzalvo.	»
6	5	El caballo blanco—j. a. p.	2	M. Pina Dominguez.	»
7	2	El dinero en la mano—j. a. p.	2	M. Pina Domínguez.	»
7	3	El equilibrio Europeo	2	Sres. S. Cast. y G. de Cádiz	»
5	4	Los dedos huéspedes—j. a. p.	2	D. J. M. Anguita	»
»	»	Jugar á la política	2	Ildefonso Valdivia	»
5	3	Próspero y Vicente	2	R. Lopez del Rio	»
3	4	Razon de estado—j. o. v.	2	Eduardo Bustillo	»
6	3	Sr. Don Lino Guerrero, Madrid	2	Julian Sanchez	»
2	1	Amor y amor propio	3	Fuentes y Alcon	»
0	1	El lego de San Francisco	3	J. Mota y Gonzalez	»
5	2	El noveno mandamiento-c. o. p	3	M. Ramos Carrion	»
5	2	El nudo Gordiano—d. o. v.	3	Eugenio Sellés	»
5	2	El ramo de flores	3	Sres. Pacheco y M. Godino	»
6	2	El rosario de mi abuela	3	D. J. G. de Lima	»
		Escupir al cielo—d. o. v.	3	A. Lopez Muñoz	»
10	2	Honor sin honra—d. o. v.	3	A. F. de la Serna	»
3	2	La novela del amor—c. o. p.	3	Valentin Gomez	»
6	3	La opinion pública—d. o. v.	3	Leopoldo Cano	»
4	4	La tabla de salvacion—c. a. p.	3	Sres. Coello y Herrero	»
9	4	Las penas del purgatorio-c. a. p	3	C. Arana y Fuentes.	»
4	3	Saldo de cuentas—c. o. v.	3	Echev.ª y Santivañes.	»
3	3	Torcer el camino—j. o. v.	3	D. R. Martinez Aparicio	»
7	3	Un árbol torcido—c. a. p.	3	Venancio Magin	»
2	3	Vivir muriendo	3	José Sanchez Arjona.	»
11	1	Cruz y corona—d. o. v.	4	José G. de Cabiedes.	»
6	3	María Stuardo—d. o. v.	4	J. Campo Arana	»

ZARZUELAS.

5	1	Camoens—d. o. v.	1	Sres. Zapata y Marqués.	L. y M.
4	2	Celos, veneno y suegra	1	D. José Olier	L.
2	3	El lucero del alba	1	Mariano Pina	L.
		En la calle de Toledo	1	Sres. B. de Cortes	L.
2	2	La salsa de Aniceta	1	D. Angel Rubio	M.
»	»	La venta del Pillo, *tonadilla*.	1	Sres. Est., Chueca y Valv.	L. y M.
		Los dos cazadores	1	D. Ricardo Caballero	L.
5	2	Perdigon en Hamburgo	1	Leandro T. Pastor	L.
5	6	El diablo en la Abadía	2	Sres. Almela y Mangiagalli	L. y M.
»	»	Espiridion en Vulcano	2	Pastor y Hernandez.	L. y 1/2 M.
6	3	Historias y cuentos,	2	Pina Dom. y Rubio	L. y M.
5	2 c.	El anillo de hierro—d. o. v.	3	Zapata y Marqués	L. y M.
4	3 c.	El campanero de Begoña	3	Pina y Breton	L. y M.
		La banda del rey	3	D. José Casares	1/2 M.
8	4	Las dos Princesas	3	Sres. Ramos y Pina	L.
		¡Vivan las caenas!	3	D. José Rogel	M.

NOTA.—Ha dejado de pertenecer á esta Galería, la comedia en un acto titulada *Una chica alemana*, la música de la de tres actos *La fiesta del hogar* y el libreto de las zarzuelas *Juana, Juanita y Juanilla* y *Sobre ascuas*.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, y de *M. Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.